

IV.

De Carlos IX á Luis XIII.—Gaston y Ornano.—El duque y el caballero de Vendôme.—La princesa de Gonzaga y la duquesa de Longueville.—Sigismundo, rey de Polonia.—El duque de Puylaurens.—Du Fargis.—La marquesa de Beausoleil.

Desde la muerte de Carlos IX, acaecida en Vincennes en 1574, hasta la mayor edad de Luis XIII (1616), la historia del Torreón de Vincennes ofrece poco interés como prisión de Estado.

Enrique III, quien se había apresurado á dejar la Polonia para ir á tomar posesión del trono de Francia, había primeramente perdonado á su hermano de Alençon y al rey de Navarra; luego, habiéndose envenenado mas y mas las disputas religiosas, y habiéndose hecho permanente en cierto modo la guerra civil, ya no se consideraba el torreón de Vincennes mas que como una fortaleza que se habían disputado las partes beligerantes.

Tomado por los de la liga en 1590, recobrado por Enrique IV en 1591, volvió á ser, bajo el reinado del último, una residencia real; y allí fué donde la hermosa Gabriela d'Estrées, querida de ese rey, dió á luz un hijo, que mas tarde fué gran prior de Francia, bajo el nombre de Cesar Vendôme, y que debia morir en medio de aquellas paredes que le habían visto nacer.

La prisión permaneció vacía bajo el reinado del Bérnais; pero apenas cayó ese príncipe bajo el puñal de Ravaillac, cuando los antiguos guardianes y llaveros recobraron sus empleos.

El primer preso encerrado en el Torreón por María de Médicis, madre de Luis XIII y regente del reino, fué el príncipe de Condé, quien con Vendôme, Mayenne y Bouillon, se había puesto á la cabeza de un partido poderoso.

Condé se creía tan seguro de derribar al jóven rey, de apoderarse de la corona, que había tomado abiertamente por divisa estas palabras: *Barra abajo*, por alusión á sus armas que no se diferenciaban de las del rey de Francia mas que en que llevaban una barra entre las flores de lis.

Barra abajo queria decir claramente: *la corona para mí.*

Avisada por el viejo Sully, antiguo ministro de Enrique IV, de los peligros que corria la corona de su hijo, la regente Maria de Médicis, resolvió volver á enviar á Italia á su favorito Concini, á quien habia hecho mariscal de Ancre, que se habia hecho muy impopular, y al mismo tiempo tomó medidas para hacer reducir á prision á los príncipes conspiradores; pero estos últimos estaban sobre la malicia, y no se pudo aprehender mas que al príncipe de Condé, quien despues de haber pasado un año en la Bastilla, fué trasportado al Torreón de Vincennes, de donde era gobernador el conde de Bournonville, y comandante el baron de Persan.

Sin embargo, esa cautividad era para reír.

Condé en su prision vivia como príncipe.

Su muger estaba á su lado, salia cuando queria, y él mismo cazaba en el parque cuando le placia.

Todavía mas; como se quejó un día del poco respeto que le manifestaban el baron Bournonville y el comandante Persan, estos fueron reducidos á prision en el mismo Torreón y durante muchos días.

Pero se acercaba el tiempo en que la gran figura de Richelieu iba á aparecer para dominar á los hombres y á las cosas, y en verdad que ya era tiempo, porque Luis XIII, libertado por de Snyes de la tutela de su madre y del mariscal de Ancre, iba á sucumbir bajo las intrigas de los descontentos que se habian reunido al derredor de su hermano Gaston, duque de Orleans.

Uno de los que tenian mas influencia en el espíritu del príncipe, era un corso llamado Ornano, á quien llamaban *el coronel*, aunque nunca se le confirió ese grado, y quien en 1621 habia sucedido al conde de Ludes como ayo del hermano del rey.

Gaston habia recibido una mala educacion; su ignorancia era igual á su orgullo; á la vez era cobarde y presuntuoso.

Ornano, muy poco capaz de remediar el defecto de inteligencia de su real educando, y conociendo que él mismo no llegaría á los negocios sino cuando ese príncipe le preparara el camino, no halló nada mejor que hacer sino obligar á Gaston á pedir su entrada en el consejo.

En efecto, el príncipe hizo esa peticion, se comió el disparate de apoyarla con los mismos argumentos de que Ornano se habia servido para obligarle á dar ese paso; así es que dijo entre otras cosas tan mal sonantes á los oídos de aquellos á quienes se dirigian, que su iniciacion en los negocios era tanto mas indispensable, cuanto que se debia preveer su advenimiento al trono, porque el rey no tenia hijos y tenia mala salud.

Es fácil adivinar el efecto que produjo en Luis XIII la prevision de esas eventualidades.

—Hermano mio,—dijo á Gaston,—habeis aprendido mal vuestra leccion; Ornano tendria fundamentos para reprobároslo, y os queremos evitar un disgusto.

Ese mismo dia, Ornano fué invitado de parte del rey, á solicitar el permiso de alejarse de S. A. R.

Pero el coronel era un hombre de un temple vigoroso, poco fácil de intimidar.

Respondió que si habia tenido la desgracia de desagradar al rey, queria que á lo ménos se supiese bien que lo habia hecho involuntariamente, sin ninguna intencion culpable; y que en consecuencia, suplicaba á su magestad mandara que se le encerrase en la Bastilla y que se le juzgara.

No se le concedió mas que la primera parte de su peticion: es decir, que el coronel fué encerrado en la Bastilla y que no se le juzgó.

Felizmente para él, Richelieu, quien entónces era obispo de Luçon, sucedió bien pronto al ministro de Lavieuville, y como al principio le importaba estar bien con todo el mundo, y como Gaston no dejaba de quejarse y de amenazar, hizo poner en libertad á Ornano, le restableció en todos sus cargos, y le hizo nombrar gefe de la casa del príncipe de quien habia sido ayo.

Eso no sirvió mas que para hacer á Gaston mas imperioso, y continuó pidiendo á gritos su admision en el consejo.

Richelieu, que á todo precio queria hacer cesar esa gritería, hizo dar á Ornano el baston de mariscal de Francia.

—Si se conforma con eso,—decia al padre José, su confidente,—no tengo mas que temer; si se atreve á persistir en sus proyectos, no será mas que un ingrato, un traidor fácil de vencer.

Pero no dependia de Ornano conformarse con eso: desde entónces se vió acosado por las hablillas y los intrigantes que rodeaban á Gaston, y obligado en cierto modo á mantenerse sobre la brecha.

Las cosas iban complicándose y agravándose mas y mas.

Gaston, obcecado como todos los ignorantes y los necios, persistia en su pretension de ser admitido en el consejo, y al mismo tiempo, sin mas razon que el capricho de oposicion que le animaba, rehusaba casarse con la señorita de Montpensier, la heredera mas bella y mas rica que habia en la corte.

El rey queria que se hiciese ese casamiento; Richelieu lo juzgaba necesario.

Gaston resistia, y bien pronto pasó de la resistencia á la sedicion.

—Monseñor,—le dijo un dia Ornano;—ya es tiempo de jugar con vuestros amigos con las cartas sobre la mesa: tenemos inteligencias en Inglaterra, en España y en Holanda; pero se ve mal cuando se ve léjos: es preciso no ir allá.

—Pues adónde irémos, mariscal?

—V. A. ha olvidado que el duque y el caballero de Vendôme, nos esperan sobre el Loire?

—Vive Dios que es verdad! Y bien! Vamos á donde están los señores de Vendôme.

—Es cosa decidida, monseñor?

—Irrevocablemente. Creo que ya es tiempo de humillar el orgullo del cardenal.

Pero mientras que Gaston trataba tan ligeramente á Richelieu, éste instruido de los rumores de sus adversarios, decía al padre José:

—Estás seguro de que Ornano está en correspondencia con los señores de Vendôme?

—Su mensajero es mio, monseñor, y me ha comunicado dos cartas. Ornano escribía que hacia sus preparativos de partida de concierto con M. de Chaudebonne, caballerito del príncipe y sin que este último supiese nada, porque estaba seguro de llevarle consigo en el postrer momento. Estoy seguro de que en efecto, esos preparativos se hacían en el Luxemburgo, donde hay carros llenos de viveres, de armas y de municiones. En fin, M. de Chalais, amigo del príncipe, quien está arrepentido de haberse mezclado en este negocio, me ha dicho que estaba pronto á revelarlo todo, no conociéndose culpable mas que de ligereza, porque al principio no había sabido las intenciones del mariscal.

—Y cuándo deben partir?

—Dentro de dos días; así lo ha dicho el mariscal á su muger.

—Ah! también por este lado tienes inteligencias?

—Monseñor, cuando se trata de sesiones....

—Bien, bien, mañana tendré en mi poder á esos conspiradores. Les enviaré á Vincennes, donde de Harcourt los vigilará con cuidado. En cuanto á M. de Chalais, si ha manifestado deseo de reconciliarse conmigo, es porque trabaja por su propia cuenta; no quiere que el príncipe salga de París; pero todo lo prepara para echarlo en brazos de los españoles. Es preciso dejarle obrar; se le reducirá á prision cuando sea tiempo, es decir, cuando tenga yo las pruebas de su crimen.

Entre tanto, Ornano se felicitaba de haber tan bien y tan secretamente hecho sus preparativos; y el día que él había fijado para la partida, fué á ver al príncipe Gaston, ya con botas y con espuelas.

—Monseñor,—le dijo,—ya no hay que retroceder: todo está pronto: he mandado los caballos al camino, y os espera vuestro carruaje.

—Pero, mariscal, no me habías dicho que fuera hoy.

—Acaso tenía necesidad de importunar á V. A. con esos detalles? Tenía vuestra palabra, monseñor, y estaba yo seguro de que V. A. no faltaría á ella.

—Seguramente; pero... sabéis que el cardenal ya no es mi contrario, y que ha manifestado el deseo de reconciliarse conmigo.

—Para traicionar mejor á V. A. sin duda,—dijo Ornano, que comenzó á temer un mal écsito.

—De ninguna manera,—replicó el príncipe;—sé que trabaja en ponerme bien con el rey.

—Eso es imposible; sé que hay gentes interesadas en hacer creer eso á V. A.; pero afirmo que el cardenal no piensa en serviros. No hizo todo lo que fué preciso para que no fuéseis al viage á Fontainebleau?

—Es verdad,—dijo el débil Gaston.

—Creedme, monseñor, lo que el cardenal teme mas, es que el rey os escuche: quiere gobernar solo, y vuestra influencia le sería muy temible. Por otros medios es por lo que tomamos parte en los negocios. Los señores de Vendôme nos esperan; la Bretaña es de ellos y ellos son vuestros, monseñor. El rey, estad seguro de ello, nos perdonará que le libremos de la dominacion de ese clérigo.

Apénas había acabado de hablar, cuando Chaudebonne entró á anunciar al príncipe la llegada de un capitán de guardias del rey, du Hallier, encargado de un mensaje por su magestad.

El mariscal sospechó que había sido descubierto.

—No le recibais, monseñor,—dijo,—ó todo se pierde.

—No, no, no se pierde nada, mariscal: lo mismo es que partamos esta noche que mañana.

Y dió orden de introducir á du Hallier, quien sin aparentar que notaba en el trage de campo del mariscal, dijo á Gaston:

—Monseñor, debiendo el rey permanecer en Fontainebleau mas tiempo del que había proyectado, me ha encargado de manifestaros el deseo que tiene de veros tomar parte en las hermosas partidas de caza que deben comenzar mañana. Monseñor el cardenal ha aprobado el sentimiento de S. M., quien á una frase de Su Eminencia, añadió:—«Decid también al mariscal de Ornano, que nos alegraríamos de verle acompañar á monseñor mi hermano.»

—Y bien! mariscal,—esclamó Gaston con aturdimiento, quién de nosotros tenía razón hace un instante?

Ornano adivinó que le habían traicionado, y por un momento pensó en fugarse; pero casi inmediatamente se dijo que eso sería confesarse culpable, y abandonar la partida cuando acaso podría ganarla.

—Monseñor,—respondió,—no quiera Dios que haya yo dudado nunca del afecto de S. M. hácia V. A. R., y me tengo por muy honrado con la benevolencia del señor cardenal.

—Podemos partir inmediatamente,—prosiguió du Hallier,—porque el señor mariscal tiene puestas las botas, M. de Chaudebonne está en trage de camino, y al llegar he visto dispuesta la carroza de V. A. R.

Chaudebonne se enrojció, Ornano se mordió los labios; en cuanto al príncipe, que tenía la costumbre de hablar ántes de pensar, dijo que iba á salir á paseo cuando llegó el capitán, sin pensar que este debía haber visto igualmente los carros y los bagages preparados como para una entrada en campaña.

—Entonces, señores,—prosiguió el príncipe,—nunca nos apresurarémos bastante para corresponder á la benevolencia del rey.

Diciendo esto, salió y subió en el coche.

Ornano al montar á caballo, notó que cien mosqueteros esperaban en el patio, y creyó que la escolta era demasiado numerosa para un viage tan corto; pero no dijo nada, proponiéndose tomar consejo de las circunstancias.

Pusiéronse en marcha.

El mariscal y el capitán de guardias, cabalgaban uno á la izquierda y otro á la derecha del carruaje del príncipe, y se vigilaban mutuamente.

Al fin del día, llegaron á Fontainebleau.

Desde entonces conoció Ornano que le guardaban de vista, y conoció que ya no tenia medio de salir del mal paso.

Esto era ponerse á discrecion del cardenal, de descubrirselo todo, asegurando que no habia hecho mas que obedecer al príncipe, y de ofrecerle secundarle para obligar á Gaston á que se casara con la señorita de Montpensier, alianza á la que daba Richelieu mucha importancia.

Pero el cardenal habia previsto ese paso, y ahora que tenia en su poder á su enemigo, queria ponerle para siempre en estado de no hacer daño.

Hizo, pues, responder á la peticion de audiencia hecha por el mariscal al día siguiente por la mañana, que negocios de la mas alta importancia, no le permitian recibirle ese día.

Era el 4 de Mayo de 1626.

Gaston habia pasado el día en la caza.

Ornano, que habia trabajado mucho por ver al rey á falta de ver á Richelieu, sin poder acercarse ni al uno ni al otro, acababa de cenar tristemente en su aposento, cuando á las once un camarista llamado Larivière, fué á decirle que le llamaba el rey.

—En fin!—dijo el mariscal levantándose.

Y se dirigió inmediatamente á las habitaciones del rey; pero al llegar, se le acercó el capitán de las guardias, quien le pidió su espada en nombre del rey.

—Tomadla,—dijo el mariscal entregándola sin manifestar sorpresa;—pero os conjuro á que vayais á decir al señor cardenal, que importa mucho que le hable yo ahora mismo.

—Su Eminencia está con el rey,—respondió Hallier,—y es preciso esperar á que salga.

—Pues bien! Esperemos.

—No aquí. Tengo orden de llevaros á otro lugar.

Ornano no replicó.

Siguió al capitán hasta la puerta de un cuarto, en la cual se hallaban cuatro mosqueteros.

Al entrar en ese cuarto, notó que las ventanas tenian barras.

—Mirad una prision muy fea,—dijo;—no se deben guardar mas consideraciones á un mariscal de Francia?

—Tambien M. de Biron era mariscal,—respondió du Hallier,—y aquí le encerraron ántes de llevarle á la Bastilla, donde le decapitaron.

—Me haceis una amenaza?

—No es mas que una advertencia, señor.

Du Hallier se retiró inmediatamente, y la puerta fué cerrada por uno de los mosqueteros que se hallaban afuera.

Entre tanto, Chadebonne era cogido preso en casa del duque de Rohan, por el teniente de las guardias; aprehendian en Paris á los dos hermanos del mariscal, y su muger era desterrada á treinta leguas de aquella capital.

Al día siguiente, Ornano y Chadebonne eran conducidos á Vincennes, escoltados por la caballería ligera, por los mosqueteros del rey, y por ciento sesenta soldados del regimiento de las guardias, quienes debian permanecer en el Torreón.

Los presos y la escolta se embarcaron en un bote preparado con este fin, y hácia la noche llegaron á Vincennes, donde el gobernador d'Hécourt lo habia preparado todo para recibirlos.

Durante el viage, Ornano y Chadebonne no cesaban de hablar de su pretendida inocencia.

—Bien sé que no habeis hecho nada que pueda ofender al rey,—decia el mariscal á su compañero de infortunio;—en cuanto á mí, no tengo nada que echarme encara, y no estaria aquí si hubiese querido servir en las culpables empresas de gentes que hoy intentan salvarse perdiéndome.

Al principio, Ornano fué tratado en el Torreón con todas las consideraciones debidas á su rango.

Era servido con mucho lujo por oficiales de la mesa del rey.

Pero como su proceso, que se habia comenzado inmediatamente despues de su prision, no tomaba el giro que deseaba Richelieu, d'Hécourt recibió orden de no descuidar nada que pudiese irritar al preso, y empujarle hasta la última estreñidad.

D'Hécourt comenzó por despedir á los oficiales del rey, reemplazó la bajilla de plata con vajilla de estaño, é hizo que los guardias sirvieran á Ornano.

El mariscal, vivamente irritado, se quejó.

—Esto es una innoble tiranía,—dijo al gobernador;—yo debo y quiero ser servido por sirvientes del rey.

—Señor,—le respondió d'Hécourt,—despues de la autoridad del rey, no hay otra aquí mas que la mía: no se trata de *lo que quereis*.

—Comprendo por vuestro language que habeis recibido órdenes,—replicó el mariscal,—y adivino lo que se quiere hacer de mí. Pues bien! os declaro que

no comeré ni beberé, hasta que no me hayan vuelto los oficiales que deben servirme.

—Y haceis muy mal en obrar así. Temeis ser envenenado? Por qué se recurriría á ese medio poco seguro, cuando no tendrían más que enviarme una orden para mataros inmediatamente á puñaladas?

—Me engañaba creyéndome aquí bajo la guardia de un caballero; pero me han entregado á un verdugo.

—De dónde os viene ese desprecio de las gentes que tienen el brazo seguro, y á quienes no hace palidecer la vista de la sangre? No es verdad, señor mariscal, que vuestro padre dió de puñaladas en la mesa, á uno de sus sobrinos que habia faltado ligeramente á la disciplina militar, y continuó comiendo despues de haberse lavado tranquilamente las manos? No es verdad que vuestro abuelo San Pietro, alias *Basílica*, quien estranguló á su muger Vannina, hija del virey de Córcega, y que presentándose en seguida delante del rey Carlos IX, á pesar de la prohibicion que éste le habia hecho, le dijo:—«Qué importan al rey de Francia las querellas del matrimonio de San Pietro? No he servido bastante bien á la Francia para tener derecho de hacer justicia en mi casa?...» Señor, cuando uno descende de semejantes hombres, no se desprecia á los enérgicos servidores de la voluntad real.

Ornano no replicó, porque lo que le acababa de decir d'Hécourt eran hechos históricos.

Solamente, despues de algunos instantes de silencio, dijo:

—Quiero creer en vuestra palabra, ya no temeré el veneno.

—Y haceis bien, señor mariscal. Oid, quiero probaros que soy mas amigo vuestro de lo que creéis: para recobrar vuestra libertad, contais con la amistad de vuestro discípulo, Monsieur, hermano del rey; es verdad que al principio ha defendido valerosamente vuestra causa, pero esto no ha durado mas que algunos dias. En el momento en que os hablo, el rey, la reina madre, monseñor Gaston y el cardenal se han reconciliado, y la señorita de Montpensier es ya duquesa de Orleans.

Esta noticia atemorizó á Ornano.

—No tengo esperanza mas que en los señores de Vendôme,—dijo tristemente.

—Suprimid tambien eso: los señores de Vendôme están aquí, presos como vos, y segun las apariencias estaréis aquí mucho tiempo.

—Sin embargo, es preciso que se nos juzgue,—esclamó el mariscal.

El gobernador sonrió tristemente, y se retiró.

Con todo, segun hemos dicho, el proceso del mariscal no tomaba el giro que deseaba el cardenal, y el preso habia recobrado alguna esperanza, á consecuencia de los interrogatorios que le habian hecho, cuando un día, al levantarse de la mesa, se sintió atacado de dolores en las entrañas, dolores tan violentos que cayó sin conocimiento.

Llamàronse á los médicos, quienes mandaron diversos remedios; pero el mal empeoró rápidamente.

—Bien veo,—dijo Ornano cuando recobró el conocimiento,—que el cardenal no quiere que gane yo mi proceso.

Y espiró pocos instantes despues.

Esto era una acusacion de envenenamiento netamente formulada, y Richelieu, queriendo combatirla en sus memorias, no ha hecho mas que justificarla.

Hé aquí en qué términos refiere la muerte de Ornano.

«La tristeza que le causó su prision, aumentada por el matrimonio de Monsieur, fué la causa de su muerte. El vértigo que lo consumia aumentó su mal de piedra, y esto le ocasionó una retencion de orina. Fué asistido con mucho cuidado por el señor Carré, médico de Paris, por Lettier, médico del rey, y por Brayer, médico del conde de Soissons. El padre Gibieu, sacerdote del Oratorio, doctor de la Sorbona, estuvo siempre á su lado para consolarle hasta el último suspiro. El rey sintió que la justicia de Dios se hubiese anticipado á la pena, y que hubiese muerto ántes de su sentencia.»

No es verdad que es una cosa muy singular ese *vértigo que aumentó su mal?*

Es posible que el rey sintiera esa muerte tan repentina; pero tambien es permitido creer que el cardenal haya cooperado muy eficazmente á la aplicacion de esa *justicia de Dios*, que tan á tiempo le libertaba de un enemigo temible.

Cuando el mariscal de Ornano murió en el Torreón de Vincennes, el 2 de Septiembre de 1626, ya hacia tres meses que el caballero de Vendôme, gran prior de Francia, y su hermano el duque de Vendôme, gobernador de Bretaña, los dos hijos naturales y legitimados de Enrique IV, estaban presos en aquella fortaleza.

Hé aquí lo que habia sucedido.

Al saber la prision del mariscal, el duque de Vendôme habia previsto que Ornano, para salvarse, no vacilaria en perderles, y por su consejo, el gran prior habia ido á la corte so pretexto de solicitar el almirantazgo que le habia sido prometido; pero en realidad para vigilar al cardenal.

Esta carga era superior á las fuerzas del que la emprendia.

El gran prior creía engañar á Richelieu con hábiles maniobras, y él era quien caía en el lazo tendido por el ministro.

De Fontainebleau, la corte habia ido á Blois para pasar el estio.

El gran prior la siguió.

El rey, que estudiaba en tratarle bien, le dijo un día que se alegraría de ver á su lado al duque su hermano, y el caballero creyó que aquel momento era favorable para asegurarse de las disposiciones del monarca, y dijo fingiendo mucho embarazo y pena en hacer esta confesion, que el duque no estaba tranquilo, porque habia sabido que el malvado mariscal Ornano le habia calumniado acusándole de haber querido sublevar la Bretaña para sostener las pretensiones de Mr. el duque de Orleans.